



CAPÍTULO XIV.

CRECED Y MULTIPLICAOS.

POR más que la narración bíblica de la reproducción del género humano nos haya hecho conocer intrincados parentescos; de eso ha pasado ya tanto tiempo, que las cosas han tenido lugar, durante luengos siglos, de cambiar completamente; por lo menos así lo hemos creído de buena fé, hasta el momento en que en nuestra calidad de escritores de costumbres hemos tenido ocasión de poner al prójimo en el banquillo del acusado.

De nuestro concienzudo examen ha resultado que las cosas no han cambiado tan sustancialmente como habíamos creído buenamente al principio; sólo que las causales sí son enteramente distintas.

Otorgamos toda nuestra indulgencia á los individuos de las primeras familias, en gracia de las circunstancias y de la necesidad; y tanto el señor Adán como nuestros hermanos, pueden estar tranquilos con respecto á nuestra mordacidad.

Pero no así nuestros últimos hermanos, nuestros hermanos de hoy, á quienes no les es dado disculparse con la falta de sujeto: de lo que resulta que, ya bien poblado el planeta terrestre, los que se empeñan no obstante en complicar el capítulo de los parentescos, no merecen pues ni aún siquiera clemencia.

Somos ciegos partidarios del orden, por consiguiente de la moralidad en la familia: y por eso cuando vemos, por esos mundos de Dios, brotar vástagos equívocos y contemplamos al hombre civilizado trasgre-

diendo á mansalva la ley del matrimonio; cuando nos encontramos con una de esas familias, que no escasean por cierto, en las que, sus respectivos miembros ostentan varias é intrincadas investiduras de parentesco, cuando estudiamos uno de esos árboles genealógicos modernos, verdaderos fenómenos de vegetación, árboles con tres troncos, árboles con ramas que se cruzan, con troncos que enraman y con ramas que entroncan; cuando vemos, en fin, una de esas personas que para darle á usted noticias de sus ascendientes tienen que hacer cuentas con los dedos y esforzarse por desha- cerle á usted la maraña de sus parientes, como si se tratara de una ecuación de segundo grado con varias incógnitas; cuando uno de estos tranquilos individuos se ha puesto á explicarnos, con todas sus señales y circunstancias, las alegrías de los seres mas allegados á su stirpe, no hemos podido menos que reflexionar profundamente en ese formidable principio de disolución social.

Repugnante en alto grado nos ha parecido siempre el hijo que se vé precisado á acusar á los autores de sus días, con la calma que ha adquirido en fuerza de decirle á todo el mundo quién es y de dónde viene.

Ese venero casto de donde brotan para nosotros las primeras impresiones de ternura; esa alma, la primera en comunicarse con la nuestra en un ambiente de amor, para deletrear á nuestro oído las palabras *Dios, virtud, honor, deber*, la madre en fin, centro de respeto, fuente adorable de pureza, en donde reside el mas santo de los cariños, la madre venerable, escarnecida por el hijo, la madre delatada por la inocencia, cubierta de rubor y de miedo ante el candor y ante una pureza, engendro de sus crímenes.

Y luego esos hijos, emancipándose prematuramente como si huyeran de un contagio, esos niños que eligen un nombre en la lista de los verdugos de su honra; esas jóvenes que tienen que optar entre la funesta ingenuidad de familiarizarse con el

crimen ó protestar contra la unión mas santa.

Horrible dislocamiento de un conjunto de leyes puras que son el decálogo de la familia, la clave de la moralidad.

Por fortuna la inquebrantable ley de la justicia santa que rige el mundo pesa siempre sobre los delincuentes, y vagan, á no dudarlo, en los espacios y en las tinieblas, los espíritus errantes de los que dejan en el mundo hijos mal nacidos.

Sí; esos espíritus, tras de la tabla del ataud de sus cadáveres, encuentran á Carón rehusándoles su barca y señalándoles la sombra de la noche por infierno, por que en la sombra, esos espíritus van á emprender una vida de contemplación; van á tener delante á sus hijos á quienes verán arrojar lodo sobre los sepulcros entreabiertos, arrancando sonrisas de desdén para las cenizas, ridículo para los muertos, baldón para sus progenitores.....

¡Bendita una y mil veces la familia; benditas las uniones legítimas que traen paz

para las cenizas y honra para los supervivientes!

¡Feliz quien puede erigir el blanco altar de su cariño á una madre sin mancha, feliz quien puede ver siempre lozanas las azucenas de ese amor tan santo, para trasmitir el culto á la pureza á su generación siempre bendita!

Somos clementes con los hijos, como con todos los desgraciados; pero somos también inexorables con los padres.

Gabriel, el niño á quien don Santiago ha traído á México con el fin de darle educación, Gabriel, decimos, va á revelar á nuestros lectores su situación moral, á este respecto.

Gabriel, á la sazón que lo hemos conocido en el principio de este libro, tendría doce años: era un niño hermoso, algo mas desarrollado de lo que generalmente se observa en niños de esa edad, especialmente en la capital de la República.

Gabriel era blanco, y se hacía notable por la singular expresión de su mirada, ha-

bía algo de contemplativo en sus ojos, y mucho de pensador en su frente, Gabriel casi no era un niño, al verlo por primera vez se le notaba una concentración extraña á su edad, y cierta nube de tristeza que lo rodeaba siempre, al grado que sus compañeros de colegio, aún los de más edad que Gabriel, le profesaban respeto.

El señor Director del establecimiento no pudo menos que fijarse muy especialmente en Gabriel, y aún le mostraba á las personas de su confianza como una notabilidad entre los educandos.

Manifestó desde el principio tan buenas disposiciones para los estudios, como para las obras mecánicas; tenía grande afición al dibujo, y no por eso rehusaba el aprender las lecciones de los demás ramos que cursaba.

No tardó mucho tiempo Gabriel en ver convertidos sus avances en otros tantos motivos de desazón y de disgusto: el respeto que al principio le profesaban sus compañeros fué convirtiéndose poco á poco en envidia.

Dos niños de los mas ricos del establecimiento, fueron postergados por Gabriel, vencidos en buena lid y bajados de lugar: esta circunstancia los indispuso; y á partir de aquel momento se declararon enemigos acérrimos de Gabriel, pero no se atrevían á llevar á su casa queja alguna contra aquel compañero que los había vencido en aplicación y en inteligencia.

Pero uno de estos dos niños notó un día que los vestidos de Gabriel eran de clase muy inferior á los suyos.

—A ver, le dijo, mira qué saco tan bonito traes ¿es de jerguetilla?

—No, agregó su compañero, es de las veinte mil piezas de ropa hecha.

—Dicen que allí pegan con cera las costuras.

—Y que hay levitas á dos pesos.

—No, este saco será de á diez reales.

Había en aquella burla algo de cierto, porque don Santiago al día siguiente de haber llegado á México vistió á Gabriel en el cajón de «las cien mil camisas.»

Abierta esta primera brecha por los compañeritos envidiosos del talento de Gabriel, dieron margen á los otros niños para emprender nuevos ataques, de los que Gabriel no podía defenderse; y como sus adelantos en las clases seguían en aumento, se renovaba cada día el motivo de encono de sus émulos.

Un día llevó un niño á la escuela una noticia misteriosa con respecto á Gabriel, noticia que comunicó á sus compañeros, y pudo verse á los niños agruparse y formar diversos corrillos para tratar de aquel asunto que los preocupaba, como si en el campo de uno de dos cuerpos beligerantes, cayera la noticia de un nuevo plan de ataque de éxito seguro.

Después de muchos cuchicheos, fué nombrada una comisión que se encargase de hacer uso de la gran noticia recibida.

Había un grupo de niños destinado á ser espectador de lo que iba á pasar; los diputados se acercaron á Gabriel y le dijeron.

—Acompáñanos.

Gabriel obedeció, y cuando hubieron llegado al centro del grupo de los que iban á ser espectadores, uno de los diputados le dijo á Gabriel.

—¿Con que... cómo te llamas?

—Gabriel Franco; contestó éste.

—¡Mientes! le dijo un niño, tú no eres Franco.

—¿No? preguntó Gabriel con entereza.

—No, le contestaron con seguridad tú nos has engañado y has engañado al director.

—¿Yo?

—Sí; tú eres un hipócrita, tú no eres hijo de ese señor don Santiago Franco, que te trajo al colegio.

Gabriel se puso encendido como escarlata, y dirigió en torno suyo una mirada, como inquiriendo la exactitud de aquella especie que lo había herido tan profundamente.

—¿Te callas? objetó uno, luego es cierto, tú nos has engañado.

—No eres Franco, ni ese señor es tu papá.

—Ya se ve que no, dijo otro niño, Gabriel no puede decir quién era su padre.

—Es natural, agregó otro.

—¿Dicen ustedes que don Santiago no es mi padre?

—No, no lo es, y tú lo sabes bien, pero eres un hipócrita, capaz de engañar á todo el mundo.

Gabriel sentía en estos momentos un zumbido de oídos que lo aturdía.

—Aquí sabemos ya quién es tu padre, dijo un niño.

—Y lo peor es, agregó otro, que, según dicen, es un sugeto de no muy honrosos antecedentes.

Gabriel, como movido por un resorte, se separó de sus compañeros dando un brinco hacia atrás y crispando los puños exclamó:

—¿Quién de ustedes se atreve á ofender á mi padre?

La actitud de Gabriel fué tan imponente, que todos los niños del grupo guardaron silencio, y hasta después de un momento, dijo el mayor de los niños.

—No hay para que te enojés, Gabriel; lo único que hemos querido es desengañarte, advertirte que tu padre no es el señor don Santiago.

—¿No? ¿no es mi padre? preguntó Gabriel ardiendo en ira ¿no es mi padre y me quiere tanto? ¿no es mi padre y me ha traído al colegio?

—A pesar de eso.

—A pesar de eso, y apesar de todo, nosotros sabemos muy bien que tu verdadero padre se llamaba... ¿lo digo? ¿lo digo? gritó el niño, poniéndose á respetable distancia de Gabriel, ¿lo digo?

—Sí, sí, que lo diga, que lo diga, gritaron varias voces.

Entonces el gritón exclamó:

—Pues se llama José María Gómez.

—¡Gómez! ¡Gómez! ¡Gómez! gritaron todos los del grupo haciendo mucho ruido, rodeando á Gabriel, y dando vueltas á su derredor para gritarle á mansalva, ¡Gómez! ¡Gómez!

Empezaban á atreverse algunos niños á

tocar á Gabriel, quien sintiendo arder sus sienas, y probando una amargura espantosa, ya casi ciego y frenético al sentir un golpe en la cabeza, se lanzó sobre el mas grande de los niños, asestándole un soberbio golpe en la cara.

Gabriel, según hemos dicho ya, era fuerte, y bastó el golpe aquel para derribar á su adversario, quien al caer recibió un segundo golpe en la cabeza, y quedó casi sin sentido.

Ya el ruido había llamado la atención de los superiores, y aparecieron el director y el vigilante á dar fé del hecho. Algunos de los niños del grupo se dispersaron violentamente, y sólo quedaron algunos socorriendo al que había caído, y Gabriel de pié, pálido y tranquilo.

Arrostró la primera mirada del director, esperando ser interpelado.

—¿Usted ha hecho esto? le preguntó por fin el director.

—Sí señor.

—¿Por qué?

—Insultó á mi padre, me insultó á mí.

—¿Por qué no se quejó usted?

—Porque me cercaron.

—Está bien, dijo el director en tono de amenaza, ya arreglaremos esas cuentas.

Y en seguida mandó conducir á Gabriel al calabozo, y, mientras asistían al niño lastimado, se le mandó recado á don Santiago para que concurriera á tomar conocimiento de lo ocurrido.

Entretanto comenzó á circular por todo el establecimiento la especie de que uno de los niños era hijo de un ladrón, y poco después cada alumno, al salir del colegio, se encargó de llevar á su casa aquella noticia, con la cual se pusieron en alarma varias familias.

Al día siguiente recibió el señor director la visita de algunos padres de familia, entre los cuales uno le habló de esta manera:

—Señor director, he sabido, con profundo disgusto, que en este establecimiento se está educando un joven, que, á ser ciertos los informes que he tomado, su presencia aquí no podrá menos que ceder en contra

del buen nombre de esta institución, que hasta la presente se ha sabido distinguir por la moralidad que en ella reina, y porque aquí, mi señor director, según estoy bien informado, no concurren sinó niños pertenecientes á familias....

—Ah, sí, señor, por de contado; aquí no recibo sino la flor; sí, señor, la flor de la sociedad mexicana.

—¿Y es cierto lo que.....

—Estamos precisamente en esa averiguación.

—¿Y ha podido usted, por supuesto, aclarar.....

—Vea usted señor; el jovencito por su porte, por su exterior, no manifiesta.....

—¿Nada, eh?

—No señor, nada.

—¡Ah, no es fácil.....

—Vaya usted á averiguar.....

—¿Y qué tal se portaba?

—Divinamente.

—¿Es posible? vea usted, parece increíble.

--Era el primer lugar.... digo, después de su hijo de usted.

--Ah.... eso sí, por que mi Enriquito es vivísimo, y tiene una imaginación.... precisamente por eso procuro alejarlo cuanto puedo de las malas compañías.

--Hace usted muy bien.

--Y como en la escuela ¿me comprende usted? es en donde los niños toman las primeras impresiones.

--Cabalmente. Nada mas justo que procurar que la primera sociedad de los niños....

--No los contagie.

--Ni tengan mal ejemplo.

--Y según tengo noticias, ese joven, sin saber como, vino á dar al colegio, resultamos ahora con que.... de manera que dije— ¡japa! voy á cerciorarme con mis propios ojos; y si no han lanzado inmediatamente á ese miembro podrido, saco á mi Enriquito del establecimiento, y por vía de buen consejo doy parte á algunos de mis amigos; lo cual sentiré en el alma, supuesto que todo

ello puede ceder en perjuicio del señor Director, á quien debidamente estimo.

El señor Director en vista de las buenas razones del padre de familia, manifestó que estaba decidido á hacer un ejemplar en su colegio; de manera que cuando don Santiago concurrió al llamamiento que le habían hecho, fué solamente para recibir á Gabriel, acerca del cual circularon los mas absurdos rumores y las mas torpes calumnias, pues los niños díscolos, al verse apoyados por el Director, abultaron cada uno por su parte é impunemente las especies que corrieron con respeto á aquel desgraciado niño.

